

ROMANCE SIN MUCHO BOMBO

DEL GRAD PATRIOCA

ADGEL ALBINO CORZO.

I.

ENTRADA.

La erupción de la Reforma
 Llevó su lava candente
 A las tierras más distantes
 Donde apagarse parecen
 Las pasiones de la Corte
 Y los patrios intereses.
 Así las sangrientas luchas
 De odio, de terror y muerte
 Eran para las fronteras
 Vagas sombras y ecos leves.
 Al decir de los partidos
 Y los públicos papeles
 La revolución tronaba
 En el centro, horrenda y fuerte.
 Y en Yucatán y Tabasco
 Los *mochos* efervescentes
 Al parecer extendían
 Con grande astucia sus redes.
 En Chiapas fué donde unidos
 Se alzaron más insolentes
 Y á la Reforma atacaron
 Con mas furia y más de frente;
 Con un Obispo Colina
 Que acaudillaba á los fieles.

Y hacía de cada fraile
 Un tigre y una serpiente,
 De cada templo un baluarte,
 De cada devoto imbécil
 Un instrumento de intrigas
 Y de traiciones alevés.

Desempeñaba el Gobierno
 De Chiapas, Albino Corzo,
 Liberal de grandes prendas,
 Discreto, valiente, pródigo,
 De los buenos, esperanza,
 De los frailes, blanco de odios.
 Su padre que al fanatismo
 Se abandonaba sin coto,
 Después de enviarlo á la Corte,
 Do hizo estudios provechosos,
 Quiso con tenaz empeño
 Dedicarlo al sacerdocio;
 Tenaz se resistió el chico,
 Púsose el padre furioso,
 Y al fin del hijo y el padre
 Se verificó el divorcio.
 Entonces el guapo Albino
 Pidió al trabajo socorro,
 Y fué tan inteligente,
 Tan recto y tan empeñoso,
 Que de una pingüe fortuna
 Consiguió mirar el rostro;
 Sobresaliendo en sus actos
 Más ocultos y recónditos
 Tal firmeza de carácter,
 Principios tan vigorosos
 De rectitud, de progreso
 Y sentimientos patrióticos,
 Que al Gobierno le llevaron,
 Donde le miraba el *mochó*
 Como un castigo del cielo,
 Como del infierno aborto.
 Las leyes de la Reforma
 Proclamó; se alzó alboroto,
 Se armaron *mochos* y frailes,
 Y el Obispo belicoso
 En el púlpito, en las calles,
 Entre los rancheros broncos

Hacia su propaganda
 Renovando los destrozos
 Que la historia nos refiere,
 Entre cristianos y moros.
 Prohibiose la entrada al templo
 A los adictos á Corzo;
 Al enfermo se obligaba
 Al darle los Santos Oleos,
 A retractarse en el centro
 De un concurso numeroso,
 Devolviéndole á la Iglesia
 Con creces, fincas y todo
 Lo obtenido por las leyes
 Sin malas tretas ni estorbos;
 Y por fin y coronando
 El escándalo espantoso
 Al cadáver del hereje
 Se abalanzaban rabiosos,
 Le arrancaban á sus deudos,
 Y excediendo á los demonios
 Le azotaban implacables
 Entre alaridos de gozo.
 Puso á tanta infamia freno
 Con mano de hierro Corzo,
 Infatigable á los frailes
 Fué expulsando uno tras otro
 Desarmándolos valiente,
 Cercado por el asombro
 De los fanáticos viles
 Y sus planes alevosos,
 Hasta lograr con su esfuerzo
 Ver triunfante y luminoso
 El astro de la Reforma
 Sin nubes en sus contornos.
 Yucatán del retroceso
 Era baluarte y apoyo,
 A Zuloaga da Tabasco
 De obediencia testimonio;
 Y en Chiapas resplandeciente
 Se mira el fuego patriótico
 Como faro que se eleva
 Sobre terribles escollos
 Dominando las tinieblas
 Benéfico y poderoso.
 ¡Oh espectáculo sublime!

¡Oh venerando coloso!
 Que ya prudente combate,
 Ya relucha con enojo,
 Conquista para el progreso
 Los pueblos más numerosos,
 Ya á Sarlat medroso obliga
 A que á Juárez sirva pronto;
 Y ya á Yucatán enfrena
 Con su irresistible modo;
 Y ni un punto, ni un instante
 Corzo cejó en sus propósitos,
 Ni dió tregua á sus afanes
 Ni dió á su cuerpo reposo.
 Se le espía en su conducta
 Por enemigos celosos:
 Y era la virtud su norma,
 Su ideal vivir para otros,
 La caridad su querida,
 Su aliento, el amor patriótico.
 Es hermoso ver á Ayutla
 En el éter tempestuoso
 Extender sus grandes alas
 Confiada en su valor propio.
 Hermoso el robusto atleta
 Que dominando á los monstruos
 Les fuerza á que le abran paso
 A seres menesterosos,
 Y así en su asiento de bronce
 Se le miró siempre á Corzo
 De la guerra de tres años
 En el sangriento período.

II.

CONCLUSION.

En la intervención francesa
 Heroico fué como siempre,
 Pero reservo á sus hechos
 Inmarcesibles laureles;
 Que serán adorno digno
 De sus inmortales sienas.

Diciembre 31 de 1896.

MUY AMARGOSO
ROMANCE DE PUROS ARREMPUJONES

O SEA EL TIGRE DE ALICA LLAMADO

MANUEL LOZADA.

I.

BUFIDO DE ENTRADA.

Hiel de víbora, ponzoña
 De tarántulas voraces,
 Quisiera en lugar de tinta
 Para escribir mi Romance,
 Extendiendo sus renglones
 Como colas de alacranes;
 Acentuando sus conceptos
 Con un tósigo punzante
 Que al que congestión no diera
 Le produjera calambres
 Porque se trata de un *moch*
 Más feo que un pinacate,
 Mucho más malo que el cólera,
 Más que llaga repugnante;
 Y ese es el Manuel Lozada
 Que tenemos por delante.

II.

NACENCIA Y PRIMEROS HECHOS DEL
 MONSTRUO.

Nació Lozada ignorado
 En un pueblecillo corto,

Patria del cardo salvaje
 Y sepulcro del rastrojo:
 San Luis se apellida el pueblo,
 Tan despreciable y tan hosco
 Que no llega á cien jacales
 El pueblo menesteroso.
 Su niñez no se averigua
 Si fué de lombriz ó de hongo,
 Y dudan si fué su padre
 Ingerto de tigre ó mono;
 Mas los veinticuatro abriles
 Apenas contaba el mónstruo
 Cuando se anunció matando,
 Cuando sufrieron sus robos
 Los pacíficos vecinos
 Del pueblo y de sus contornos.
 Nueve bandidos formaron
 Con él estrecho consorcio
 Que fueron terror y espanto
 Por do pasaban rabiosos.
 Lozada tendió sus redes,
 Hizo acopio de demonios.

A Lozada le anunciaban
 Desastres y asesinatos:
 La destrucción fué su dicha,
 Siguió el incendio sus pasos
 Y el terror le cortejaba
 Con arranques desastrados
 En hostilidad perpetua
 Y en honda lucha bregando.
 En Tepic dos ricas casas
 De comercio se encontraron
 Y ya por las conveniencias
 De su poderoso tráfico
 O porque sus opiniones
 La resolución dictaron,
 Cada uno tomó el partido
 De los políticos bandos
 Que *mochos* y liberales
 Hace tiempo le han llamado.
 Las casas que se señalan
 Fueron Barrón y Castaños;
 De noble aclama el primero,
 Y los otros, mexicanos.

A los *mochos* tremebundos
 Les llamaba el populacho:
Macuaces, y á los del pueblo
 El vulgo llamaba: *changos*.
 Armóse la *rejolina*,
 Contra el Gobierno hubo escándalo,
 Y Barrón, sagaz, queriendo
 Poner de su lado el mando
 Comisionó á Don Luis Rivas
 Para que, sesudo y cauto,
 Del forajido temible
 Fuese su amigo y su aliado.
 Rivas compartió valiente
 Con el tigre fiero el mando
 Y mezcló su claro nombre
 A lances tan inhumanos,
 Que mucho diera á la historia
 Porque lograrse callarlos.

Mas Lozada, de la sierra
 Siempre fué el terror y espanto,
 Se encerró en su madriguera,
 Con nadie tuvo contacto,
 Y aun se hizo invisible el indio
 A sus parientes cercanos.
 Se hizo llamar Excelencia,
 Siempre se vistió de blanco,
 Y era en sus viles pasiones
 La putrefacción y el asco.
 Y, ¡oh vergüenza de los tiempos!
 ¡Oh baldón de los villanos
 Que con anhelante empeño
 Su apoyo solicitaron!
 Miramón le llamó amigo,
 Le envió el rey Maximiliano
 Una espada en homenaje
 De sus hechos renombrados,
 Y Napoleón el tercero,
 Con acatamiento raro,
 Con la Cruz de honor dió lustre
 Al pecho de aquel malvado:
 ¡Ay qué lindos son los nobles
 De la familia del diablo!

Enero 15 de 1897.

GRAN ROMANCE

DE SABOR DULCE Y DE EJEMPLARES MATICES DEL VALEDOR

DON IGNACIO DE LA LLAVE.

I.

PRINCIPIO DE PESPUNTEO.

En lo más inaccesible
 De nuestras fragosas sierras
 Donde los pinos gigantes
 Se apiñan y se aglomeran,
 Donde la luz por resquicios
 Y como á excusas penetra,
 En donde la masa enorme
 De peñascos hace quiebras
 Que se levantan al cielo,
 Que precipitan sus piedras
 A las simas insondables,
 A las profundas cavernas,
 Y do prohíbe el imposible
 Dar paso á la humana huella,
 El viajero infatigable
 Observa, busca, rastrea,
 Y marca el tortuoso giro
 De salvadora vereda,
 Señalando su camino
 Con benefactoras señas:

Ya es el colosal peñasco,
 Ya la encina corpulenta,
 Ya catarata impetuosa
 Que se lanza con violencia
 Y hermosas flores silvestres
 En su tránsito alimenta,
 O la empinada montaña
 Que alza entre nieves sus crestas
 Como en espera del sueño,
 Del rayo y de las tormentas.
 En tan varios accidentes
 Sigue el rumbo la vereda
 De la planicie tendida,
 De las campiñas risueñas
 En que vierte sus tesoros
 La fecunda primavera.
 Así presenta sus faces
 La Reforma en nuestra tierra;
 Ya entre encarnizadas luchas,
 Ya entre batallas sangrientas,
 Ya en aparición de monstruos
 Que son terror de las fieras,
 O ya recreando la vista
 Espléndidas eminencias
 Que son cual ricos presentes
 Que hace el cielo con largueza,
 Y que son esplendorosas
 De su salvación promesas,
 Señalando el derrotero
 Que á la ventura nos lleva.
 Y tal era Ignacio Llave
 A quien mi pluma sincera
 Le consagra reverente
 Esta modesta leyenda.

II.

JURISCONSULTO Y SOLDADO.

Se arrastraba agonizante
 El período de su Alteza
 El año cincuenta y cinco
 De estupendas peripecias;

Pero en lo exterior mostraba
 Su finchazón y grandezas
 Con espléndidos banquetes,
 Con deslumbradoras fiestas.
 Disputábanse el terreno
 El sainete y la tragedia.
 El uno con sus rufianes
 Y con sus nobles de pega,
 Sus cides de camelote
 Y barberos por docenas.
 La otra con viles prisiones
 Amordazando la prensa,
 Entre cínicos galleros
 Y encopetadas rameras;
 Relumbrones en Palacio,
 En los Estados miseria,
 Y las leyes al capricho
 De la voluntad de un bestia,
 De un tirano que miraba
 El pueblo y sus conveniencias
 Como patrimonio suyo,
 Como un rebaño de ovejas.
 Mas en Veracruz Heroica
 El patriotismo fermenta,
 Y unos guardias nacionales
 Se reúnen y reglamentan
 Para apoyar á Santa Anna,
 Según toda la apariencia,
 De los embates de Ayutla
 Y sus horribles banderas.
 Pero entre los nacionales,
 Y cuando menos se espera,
 Se escucha enérgico grito
 Que dice: «Santa Anna muera;
 Pueblos libres á las armas,
 Rompamos nuestras cadenas,
 Al tirano combatamos,
 La victoria será nuestra.»
 ¿Y quién es el mozalvete
 Que apenas deja la escuela,
 Pretende hacerse caudillo
 Y se lanza á la palestra?
 Es un reciente abogado
 Que de una familia honesta
 Es orgullo de sus padres

Y un mimado de las ciencias.
 Como un obscuro Teniente
 En la milicia se muestra
 Para encubrir sus designios
 Y para alejar sospechas;
 Pero el amor á la patria
 Con entereza alimenta,
 Y siente en su pecho el germen
 De las heroicas empresas.
 Se une Altagracia Domínguez
 Que por donde pasa incendia,
 É infunde vigor y aliento
 A los troncos y á las peñas,
 Le sigue el noble Colombres
 De patriotismo presea,
 En la lucha temerario,
 Piadoso tras la pelea,
 Y alma limpia como lampo
 De nube en la cima excelsa.
 El eco de Llave cunde
 De los llanos á las sierras;
 Jalapa armado aparece,
 Y al caudillo se presenta;
 En la Hoya se fortifican,
 En Huatusco se pertrechan.
 Y da Coscomatepec
 De su voluntad mil pruebas,
 Haciendo que sobresalga
 Por su empuje y entereza.
 Por fin, en el Chiquihuite
 Se hace centro de la fuerza,
 Y el ala tendiendo al viento,
 Patria, claman sus banderas.
 Los esbirros del tirano
 Rumbo seguro no encuentran;
 Como ratas aturcidas
 Cuando una bomba revienta
 Y de súbito destruye
 Sus ocultas madrigueras.
 Pero se empeña la lucha,
 Llave y Colombres no cesan
 De ocurrir con sus espadas
 Donde el peligro se encuentra.
 Ya la derrota le hiere,
 Ya el triunfo de lauros riega

El peligroso camino
 De su pertinaz tarea;
 Y en el triunfo ó la derrota
 Se vió su frente serena
 Como pasan por los montes
 Sin dejar rastro las nieblas,
 Ni del sol los vivos rayos
 Su majestad acrecientan.
 En ese millar de días
 ¡Qué bravo Llave se ostenta!
 Ya acomete ó se retira,
 Ya cauteloso se aleja
 Para lanzarse atrevido
 Como halcón sobre su presa,
 Sin que un punto ni un instante
 La veracruzana tierra
 Sintiera el dominio pleno
 Del sable ni de la Iglesia.
 Sus méritos intachables
 Hasta el Gobierno le elevan;
 Y allí sabio gobernante
 Sus grandes dotes despliega;
 De la Reforma enarbola
 La benefactora enseña;
 Doma del clero insolente
 La incorregible soberbia;
 Quita al comercio los grillos
 Y su barbarie á la leva;
 Al pueblo merma el impuesto
 Y dice á la prensa: vuela,
 Que á un Gobierno caviloso
 Al que la prensa le arredra
 Es que su valor efímero
 Con sus bravatas confiesa.
 Adoraba Llave al pueblo,
 Aliviaba sus miserias,
 A su palacio se entraba
 Como á la casa paterna,
 El *jarocho* con su puro,
 Con su peinetón la negra,
 Y el comerciante *rasgao*
 Con su pipa y su chinela.
 Y Llave haciendo justicia
 Y ejecutando obras buenas
 Sin que nadie sospechase,

Sin que ninguno le viera
 Un rasgo de interés propio,
 Un pelo de conveniencias,
 Un algo que fuera sombra
 Del decoro y la decencia.
 Así le llamó el gran Juárez
 A que le diera asistencia;
 Y cumplió como hombre honrado
 La obra grandiosa y suprema
 Que redimió nuestra patria
 Abriéndole una era nueva.

Enero 4 de 1897.

GRANDE Y TREMEBUNDO ROMANCE

QUE EMPIEZA

CON MUCHO FUEGO Y QUE PARECE MILAGRO.

I

CON EL PERDON DE LA GENTE.

La putrefacción engendra
 A los deformes gusanos,
 Que son horror de la vista,
 En su vivir horror y asco,
 Y en la espuma y las entrañas
 Del pestilente pantano,
 Su alimento es el veneno,
 La destrucción su regalo,
 Y lo indigno y lo rastrero,
 Lo monstruoso y desastrado,
 Son su atmósfera constante
 Como nacidos del fango.
 Tal en las revoluciones
 La de principios más santos,
 La sangre deja residuos
 Que se van aglomerando
 Y que los pudre el desorden
 En cavernas ó collados;
 Y engendra mónstruos horribles,
 Feroces mónstruos humanos
 Conjunto como de fieras
 Y de seres degradados
 Que amamanta el negro crimen,
 Miman los asesinatos,
 Que de la embriaguez y el robo